—Pues á los niños no les estorba, Bautista; y tengo para mí, que si Gaspar enseña al lobezno á ser cristiano, hubiera sido más que perro, hubiera sido cordero. Eso haré yo con mi niño.

IV

Y así lo cumplió Consolación, aunque no sin grandes esfuerzos; porque Ranoque era realmente un lobezno. Los malos recuerdos de su padre, la vida depravada de su madre y los perversos ejemplos del tío Canijo, habían despertado antes de tiempo sus malas pasiones. Pero aquella rústica mujer, que no poseía otra ciencia que la de hacer esteras, ni entendía otro libro que el catecismo, encontró en estos dos elementos tan heterogeneos, los dos únicos polos en que puede girar el trueque perfecto de un corazón viciado: el trabajo y el sentimiento religioso. Poseía además, como por instinto, ese tino y esa sagacidad, que las perso-

nas dedicadas á la educación tan sòlo adquieren á costa de largas observaciones y experiencias; y llevaba ventaja á la mayor parte de éllas, en comprender que no hay pedagogía en el mundo, que no necesite del apoyo de la oración, santo reclamo del alma, que atrae sobre élla la gracia!... Porque podrá una acertada dirección modificar y domar á una mala naturaleza; mas transformarla de mala en buena, sólo lo puede aquel precioso don del cielo, que constituye la vida del alma.

Así lo comprendía y practicaba aquella mujer piadosa: su oración atraía abundantemente este rocío vivificador sobre aquella pobre criatura, que abandonaban los hombres y amparaba el cielo; y la gracia ayudaba la caridad de la viuda y la caridad de la viuda preparaba á su vez el camino de la gracia. La constancia de aquella mujer fué estirpando poco á poco en el corazón del niño los vicios groseros que en germen poseía y la gracia completaba su obra, aclimatando allí las virtudes y haciéndo las espontaneas: aquella, á fuerza de machacar amoldó el pedazo de hierro; ésta premió sus afanes, trocándolo en oro purísimo.

Porque, diez años después, era Ranoque, además de un hábil artesano, un joven modelo de religiosidad y de prudencia, cuya honradez aumentaba cada vez más el crédito siempre grande de la tienda de la viuda.

Un día lo llamaron para preparar en casa del escribano las esteras de Invierno. Sentado en el suelo remendaba con una larga aguja,

ensartada en cordelillo de esparto, la estera de una entrepuerta, pudiendo ver, por lo tanto, lo que en la pieza contigua pasaba. Hallábase en élla embutido en un silloncito de ruedas, que se cerraba por delante, un niño del escribano, de pocos años, tullido de las piernas. Habìale regalado su padre una de esas toscas cajitas, que encierran en miniatura todos los elementos que entran en una hacienda de campo: encinas de musgo, cipreces de viruta, caseríos de madera, rediles de alambre, ovejitas, vacas, perros y pastores de palo. El niño lo había dispuesto todo artísticamente, sobre una bandeja de latón, que apoyaba en la delantera del carrito, y hallábase tan extasiado en la contemplacion de sus propiedades rurales, como un rico propietario que viera desfilar sus numerosas cabezas de ganado. Otro hermanito menor estaba á su lado: éste no poseia más propiedades rurales ni urbanas, que su carita rebosando salud, y su cuerpecillo fornido; y con las manitas cruzadas à la espalda, contemplaba con mirada envidiosa las riquezas de su hermano. Poco á poco el proletario fuese acercando al capitalista, que le vió llegar con algun recelo. Su alarma no era infundada: las nociones de aquel sobre el derecho de propiedad eran harto imperfectas, y creyéndose sin duda, en aquella edad dorada, en que el tuyo y el mio eran palabras desconocidas, metiò la mano en la heredad de su hermano, y cogió la vaca mas gorda ... ¡Aquí fuè Troya! El hacendado opinaba, con Hobbes, que el derecho

se cimenta en la fuerza, y arrancando de cuajo, cual otro Orlando furioso, un ciprés puntiagudo, lo pinchó en las narices del proletario. La sangre enardeció entonces los ánimos: la fuerza rechazó á la fuerza, y el equilibrio social quedò por completo destruido: derrumbáronse los edificios, los campos fueron talados, dispersos los rebaños huyeron á más lejanos bosques; los pastores, tiesos como palos, se accidentaron del susto. Una voz de mujer vino en parte á apaciguar la fratricida lucha, gritando desde adentro:

—¡Niños! ¡niños!....¿A qué voy allá?.... ¿A qué llamo á la Cachana y al tio Canijo, y se los lleva en el saco?....

A este grito levantó Ranoque vivamente la cabeza, y se quedó pálido, inmóvil.....Era la primera vez, despues de diez años, que aquellos nombres llegaban à sus oidos; y la sorpresa, la curiosidad, el susto, el terror casi, lo embargaron por completo. Al mismo tiempo apareció en el aposento una sirvienta anciana, y repartiendo cachetes en partes proporcionales, acabó de restablecer el órden entre el propietario y el desheredado.

La vieja se retiraba ya, dojando la paz asegurada; mas Ranoque, repuesto en parte de su emoción, la detuvo, preguntando:

—Con perdón de V. señora.....—¿Conoce V. acaso á esa mujer la Cachana...y al tio Canijo?

—¿Yo?...¡no!—contestó la vieja, mirándole sorprendida.

—Lo decía al tanto de si sabe V. quienes sean...

—Pues la tunantona y el bribón que agarrotan mañana en Z.**

Un rayo, que de repente cayera ante Ranoque; no le hubiera causado mayor sorpresa ni espanto. Quedóse blanco cual la pared; desplomado contra el quicio de la puerta, con los brázos caidos, y las rodillas vacilantes.

—¿Qué tienes muchacho?...¿Te pones malo? —dijo asustada la vieja.

—¿Pero es eso verdad?—balbuceó Ranoque sln oirla. ¿Por dónde se sabe? ¿Quién lo ha dicho?

—¿Que quien lo ha dicho, hijo?.....Pues el amo, que ha tenido que ver en la causa, y volvió anoche de Z**..¿Quieres verlo? en el despacho está todavía

Ranoque contestó afirmativamente con la cabeza, y siguió tambaleándose á la vieja, que le condujo al despacho del escribano. Era este señor amable y caritativo: sorprendiòle desde luego la emoción, y las entrecortadas preguntas del muchacho; mas contestó á ellas sin manifestar ninguna extrañeza. Díjole que la Cachana y el tio Canijo eran reos de un enorme crimen, cometido dos años antes, en que se complicaban el robo y el asesinato: seguíaseles desde entonces la causa, y convictos al fin ambos, aunque no confeso el ciego, habían sido condenados á muerte. Añadiòle que la sentencia había de ejecutarse de allí á dos días, por no haber llegado ántes el verdugo;

y como conocìa la honradez del mozo, y estimaba en mucho á la viuda, cuyo antiguo parroquiano era, concluyó diciéndole que si en algo le interesaba aquel negocio, dispusiese de su persona hasta donde alcanzara su valimiento

Esta cordial oferta del escribano acabó de rendir los heróicos esfuerzos que por aparecer sereno hacía Ranoque: miróle con una expresión indescriptible de dolor y gratitud, y dejándose caer en un sillón vecino, rompió á sollozar, cubriéndose el rostro con las manos. Acudiò á él solícito el buen señor, preguntándole el motivo de su quebranto; y entónces Ranoque, dejándose llevar de esa imperiosa necesidad de expansión, propia de grandes dolores, le refirió toda su historia.

Atónito y á la vez afligido el escribano, trató inútilmente de consolar al infeliz muchacho. Este pronunciaba fuera de sí palabras incoherentes; y extraño á todo lo que no fuera su dolor, tan sólo sabía preguntarse allá dentro de sí mismo, entre mil ansiedades y dudas amargas.—¿Qué hacer, Dios mio, qué hacer?

En esta disposición de ánimo comenzó á dar vueltas por las afueras del pueblo, esperando, para no alarmar á la viuda, que llegase su hora ordinaria de volver del trabajo. Al oscurecer entró Ranoque en la estereria. Consolación hacía calceta en la trastienda. conversando tranquilamente con dos vecinas: el muchacho pretextò un fuerte dolor de ca-

beza, y despues de algunas palabras indiferentes, subió al camaranchòn que le servia de aposento, y se tendió sin desnudarse encima del lecho.

Entónces comenzó para él la *hora de prueba* .....la hora de combate, cuyo perfecto modelo nos dejó el Redentor del mundo en el huerto de las olivas: hora de angustias, hora de agonías, hora de resoluciones, que á veces hacen del hombre, segun del lado que se incline, un héroe ó un infame, un mártir ò un apóstata, un predestinado ó un réprobo ...

La de Ranoque fué terrible.—¿Qué hacer, Dios santo, qué hacer?—se preguntaba...¿Sufriría que todos en el pueblo le señalaran con el dedo, que resonara de nuevo en sus oidos, como un baldón, el nombre Infame de la Cachana, y le llamasen á él con horror, con desprecio, con compasión á lo sumo, el *hijo de la ajusticiada*?.....La sangre del muchacho hervía á este pensamiento, de coraje, y sus piés golpeaban la cama, y sus manos crispadas destrozaban la almohada, cual si apretasen ya la primera garganta que osase proferir aquel grito.....¿Huirìa más bien á tierras lejanas, donde nadie conociera su oprobio, renunciando el tranquilo bienestàr de su honrado oficio, el cariño de aquella excelente mujer, que le amaba como à hijo, y á quien él amaba como á madre?.....¡Qué dolor tan seco, qué pena tan honda, qué amargura sentía, hasta en el paladar mismo, al pensar en la soledad,

en la espantosa soledad del corazón, que le aguardaba entonces en el mundo!...

El cansancio sobrevino al fin á la parte física, y el decaimiento á la moral, y quedò entónces el muchacho inmóvil en el lecho, sin pensar nada, sin decidir nada, mirando con estúpida atencion la llama de una lamparilla, que la piedad de la viuda mantenia siempre encendida en la alcoba de Ranoque, ante un tosco cuadrito, que representaba á Jsucristo clavado en la cruz, y á María, la reina de los ángeles... *la Madre del ajusticiado*, recogiendo al pié de aquel patibulo la herencia de afrenta que le legaba su hijo...

A poco se escapaban de su pecho sollozos convulsivos: oyóse despues un llanto abundante, pero tranquilo; hondos suspiros luégo; nada mas tarde;...tan sólo el chisporreteo de la lamparilla, que amenazaba apagarse.

Entónces se dejaron sentir suaves pisadas hácia el lado de la puerta, y crujiò ésta levemente, cual si álguien la entreabriese con cuidado

—¿Quién anda ahí?—exclamó Ranoque, incorporándose bruscamente en el lecho.

—Yo soy, hijo mío,—contestó la viuda, entrando en el aposento con un velon encendido, cuya luz cubría con la mano, colocada á guisa de pantalla.

— ¿Pero no te has desnudado, criatura?—añadió, colocando el velon en el suelo, y acercándose al muchacho.

Este se habia sentado en la cama, y miraba

á los ladrillos, con la cabeza baja, sin contestar palabra: entónces pudo notar la viuda que algo extraordinario le acontecia. Cogió sus manos y abrazaban; palpó su frente y estaba ardiendo.

—¡Tienes calentura, muchacho! —exclamó asustada.

Ranoque levantó entonces su rostro demudado; y con esa cruda rudeza; propia de la gente del pueblo, que aumentaba en él la franca brusquedad de su carácter, dijo sin preàmbulos.

—Pasade mañana dan garrote á mi madre... y al tio Canijo.

Quedóse la viuda muda de espanto al oirle, y se dejó caer sentada en la cama á su lado, cruzando las manos, llena de angustia. Ranoque le refirió entónces todo lo que sabia: la viuda murmuraba sin alientos:

—¡Virgen de consolacióon!...¡San José bendito!...¿què nos hacemos?...

Ranoque parecia tener un nudo en la garganta, salíanle las fraces à trozos, sordas las palabras, cual si fuesen gemidos.

—Yo. añadió al cabo lentamente, iré mañana á verla...y me estaré á su vela...hasta que la deje...en el Camposanto...

—¡Jesús..qué desatino?

—¿Desatino?

¡—Sí, sì, hijo mio!...¡que eso seria agorrotarte á tí la honra...y á mí el corazón, hijo del alma!...

—¿Y còmo nos gobernaremos entonces?—

dijo enérgicamente Ranoque. La ley es ley, y no ha de ser una para las duras y otra para las maduras.

—¡No hay ley en el mundo que obligue á eso!

—Pero Señora,—exclamó el muchacho, poniéndose ante la viuda de un salto...¿Acaso es una cosa predicar y otra vender trigo?...¿No me ha enseñado usted misma que el cuarto mandamiento de la ley de Dios es honrar padre y madre?...¿Pues cuando, prosiguió con toda la energía de su caracter, cuándo necesita mi madre que la honre más su hijo, sino en el momento en que le van à dar la muerte por justicia, en mitad de una plaza?...

Y al decir esto, el pecho del muchacho se levantó como una montaña, dejando escapar un sollozo, ùnico, sólo, pero terrible, como el estallido de un volcan de dolor que revienta de un golpe. La viuda, al oirle, se hizo atras sobre el lecho en que estaba sentada, y con las manos juntas, quedòse mirando á Ranoque, con el respeto; con la veneración, con que un débil catacúmeno podria contemplar el santo heroismo de un mártir...El asombro, la admiración el dolor, el orgullo, todo á un mismo tiempo, la hicieron enmudecer casi espantada de su obra...

—¡Llevas razon, hijo del alma, llevas razon! —dijo al fin, sacudiendo la cabeza...¡Encargaremos las bestias al tio Matias, y mañana iremos los dos juntos...pero los dos juntos...hijo mio!

V

Hay en la catedral de Z**, en la fachada que mira al lado del poniente, un balcón de pesado herraje, no muy distante del suelo, cuyas sencillas puertas aparecen de ordinario cerradas. Una vez las ví abiertas, y sentí al verlas ese estremecimiento repentino en todas las fibras, que producen en el alma las cosas sublimes; porque era lo que allí habia, lo mas profundo, lo màs misericordiosamente grande que pudo la caridad inspirar a la fé, para apollo de la esperanza.

Sobre un altar negro, ardian seis velas de cera amarilla, ante un gran cuadro de oscuras tintas, en cuyo fondo se destacaba una imagen de Jesús Nazereno, camino del Calvario, llevando la Cruz á cuestas, vestida, en vez de túnica, una hopa en todo semejante á la que lle-

van al patíbulo los condenados á muerte... Llamábanle por ésto el *Cristo de los ajusticiados*, y era costumbre que todos los que habian de serlo, pasasen ante la imagen al marchar á la muerte, y postrados á sus piès rezasen el Credo...¡Cuan grande, cuan piadoso, cuan consolador me parecio aquel pensamiento, inspirado por la caridad de la sonta Iglesia Católica. La pálida figura del Salvador, cubierta de sangre y de ignominia, me trajo á la memoria aquella otra figura formidable del Juez de vivos y muertos, que nos describe San Juan. "Su rostro brillaba como el sol en toda su fuerza; sus pies se asemejaban al metal fundido en la fragua, y sus ojos eran dos áscuas. De su boca salía una espada de dos filos; en la mano derecha tenía siete estrellas, en la izquierda un libro sellado con siete sellos, y delante de sus labios corría un ríc de luz. Los siete espíritus de Diós resplandecian en su presencia como siete làmparas, y de su escabel salian voces, relámpagos y rayos..." ¡Y aquella tremenda majestad, aquel Dios que juzga á las mismas justicias, y encuentra manchas en las mismas estrellas del cielo, abandonaba sus formidables atributos, para salir allí en traje de reo, al encuentro de otro reo, escoria de la sociedad; para igualarse à él en ignominia, para borrar sus culpas con su inocencia, para decirle como hermano, minutos ántes de sentenciarle como Juez: ¡Marcha tranquilo al patíbulo, que en lo alto del más ignominioso, te rescaté yo con mi propia sangre!...

¡Oh poder de la misericordia divina, y oh poder de la ingratitud humana! El hombre ingrato, el hombre insensible, ve, oye; pero no siente tanta grandeza... Pasa de largo; no cae desfallecido de dolor y de amor, para repetir lleno de esperanza: *Qui Mariam absolvisti et latronem exaudisti, mihi quoque spem dedisti!*

Abierta estaba la capilla, encendidas las velas, cubierto el altar de luto; y en la calle, sobre la plataforma de gradas en que la Catedral se asienta, veíanse dos Sacerdotes y un caballero, sentado ante una mesa cubierta con paño negro, que sostenía un bandeja con algunas monedas Golpeaba á veces en ella uno de los Sacerdores, y decía al mismo tiempo con lúgubre tono:

—¡Para hacer bien por las almas de los que van á justiciar!

Un grupo numeroso de gente se agolpaba en torno de la capilla, esperando la llegada de los reos, con esa ánsia, esa avidez que justifica el dicho de que hay en el hombre algo de la fiera, y que nada es tan curioso en la vida como el espectáculo de la muerte. Eran en su mayor parte, hombres y mujeres venidos de los pueblecillos vecinos, con el solo objeto de presenciar la ejecución. Algunos traían á sus hijos pequeños, resto todavía de la antigua costumbre de hacer presenciar á los niños el terrible espectáculo: dábanle sus padres una bofetada en el instante de espirar el reo, y decíanle al mismo tiempo:

—¡Para que te acuerdes!...

El reloj de la Catedrál dió las once, y a poco sonò la misma hora en los demas relojes. Diez minutos después sonaron otras once campanadas, lentas, sordas, siniestras, cual si al golpear las puertas de la eternidad las produjese la guadaña de la muerte...Era el reloj de la Audiencia, encargado de marcar la última hora del reo, en gracia del cual, marcha siempre diez minutos atrasados...¡Diez minutos! ¡Gran piedad, con parecer tan mezquina, la de esos preciosos momentos, en que puede todavía llegar un indulto inesperado, en que puede todavía volverse á Dios un alma impenitente!

Las oleadas de la muchedumbre, al replegarse hácia la capilla del Cristo, indicaron al fin que el fúnebre cortejo salía de la cárcel. Abria la marcha un piquete de caballería, cuyos clarines destemplados resonaban tristes y lastimeros, como un lamento; detras venía Canijo entre dos Sacerdoles, cubierto con una hopa negra, manchada toda de fango, por haberse dejado caer dos veces, revolcandose en tierra, con la misma rabia, el mismo furor que no le había abandonado un instante, desde que qor haber confesado la Cachana su crímen, fueron ambos condenados á muerte.

Al leerle el Juez la sentencia, habíale preguntado, según es costumbre, si tenía alguna necesidad ó algún deseo que pudiera ser satisfecho.

—¿Qúe si quiero algo?—exclamó Canijo, echando espuma por la boca, y revolviendo ferozmente sus ojos ciegos inyectados de san-

gre. ¿Que si quiero algo?...¡Cortarle la cara á la Cachana, es lo que quiero!...Darle una puñalada en el corazón...hasta que me duerma metiendole el cuchillo!...

Y agitando sus cadenas con una fuerza salvaje, entregóse á una feroz desesperación, de que nada ni nadie pudo sacarle. Al llegar ante el Cristo de los ajusticiados, los Sacerdotes hicieron un último y supremo esfuerzo para despertar en su alma el arrepentimiento; más Canijo dió una violenta sacudida, que arrojò al suelo á uno de los Sacerdotes, y se lanzó camino del cadalso dando ahullidos, con la rabia infernal de aquel Luzbel que pinta Klopstock, presipitandose en el abismo al levantarse en el Calvario la luz de Cristo, que le arrebataba su poderío.

Detras venía en una carreta la Cachana, tendida como una masa inerte sobre unos sacos de heno, sumida en una especie de estupor, semejante al embrutecimiento. A su izquierda estaba sentado Ranoque, sosteniéndola entre sus brazos, y prodigándole sin cesar palabras de consuelo y de cariño; á su derecha el Sacerdote que la habìa confesado, la exhortaba y consolaba también, mostrándole un Crucifijo.

La careta se arrastraba con pausa cruel entre la apiñada muchedumbre, que se agitaba sordamente en torno, asemejándose su murmullo à un inmenso sollozo que brotase del corazón de un gigante, conmovido ante aquel cuadro, tierno à la vez que terrible. El heroismo del hijo hacía olvidar por completo la infamia de la madre, y oíanse por todas partes exclamaciones de simpatía, gritos de admiración y gemidos de lástima.

Detúvose al fin la carreta ante el balcon del Cristo, y Ranoque y el Sacerdote ayudaron á la Cachana à ponerse de rodillas en la misma carreta, agarrándola cada cual por un brazo.

—Rece V. el Credo, madre;— le dijo Ranoque.

Mas la Cachana se quedó mirando á su hijo, con los ojos estúpidamente abiertos, y se echó á llorar...¡La infeliz no lo sabia!

Entónces comenzó Ranoque á recitar en voz alta el sìmbolo de la fe, y su madre fué repitiendo trabajosamente y entre gemidos todas sus palabras.

Al terminar el Credo la bendijo desde el balcon un Sacerdote, y bajó despues, segun la costumbre, para incorporarse al cortejo, presenciar su muerte, y velar luégo su cadáver.

En medio de la plaza se levantaba el garrote, desnudo, escueto, terrible, con esa especie de siniestra vida que comunica á ciertas cosas inanimadas el espantoso objeto á que se destinan. Aún màs espantoso que el garrote, pues era el que la daba, hallábase sobre el patíbulo un hombre: era el verdugo...Al ver la Cachana ante sí el terrible palo, tornàronse sus ojos vidriosos, su cara lívida, y castañeteándole los dientes de terror, replegóse en el fondo de la carreta gimiendo, como una pobre bestia indefensa, que se acorrala en su madriguera, hu-